

## CAPÍTULO IV.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

### LA SEMANA SANTA EN JERUSALEN,

JUEVES SANTO.

**U**N altar está levantado á la puerta del Santo Sepulcro como el domingo de Ramos: en derredor están colocados en muchas filas grandes candeleros de plata que sostienen cirios de Venecia de ocho pulgadas de grueso: ante el altar se halla tendida una vasta alfombra: flores y luces en multitud coronan el Santo Sepulcro. Se tuvo cuidado de cerrar la puerta de la iglesia para que la ceremonia no fuese interrumpida por la multitud de peregrinos. Sin embargo, un número bastante considerable de griegos y musulmanes habian

obtenido permiso de entrar; y se amontonaron alrededor del Sepulcro. Las galerías pertenecientes á los armenios fueron invadidas por las mugeres de esta nacion, que pasaron la noche en el templo para poder asistir á la solemnidad latina. Por todos los pilares vecinos estaban colgados los griegos como imágenes ó cuadros fijos á una pared: muchos griegos habian también escalado las rejas de su santuario que hace frente al Sepulcro. Una docena de musulmanes armados de látigos y palos velaban en la conservacion del órden.

A las nueve comenzó la misa solemne. Los ornamentos que sirvieron para la celebracion de los Santos Misterios me asombraron por su magnificencia: los vasos sagrados eran de oro y de un trabajo finísimo. Los ornamentos y los vasos estaban sellados con las armas de Portugal. No creo que pontífice alguno del antiguo Israel se haya presentado jamas ante el altar del Señor con vestiduras mas brillantes, que el pobre padre que el dia de hoy ha celebrado el sacrificio segun la ley nueva. La fiesta de este dia es el aniversario de aquella Institucion Eucarística, por la que el Salvador, para hablar el lenguaje de la Iglesia, consintió en hacerse para los hombres una hostia viva hasta la consumacion de los siglos. ¡Dios me libre de tocar á lo que tales misterios tienen de sagrado! Pero á no ver en ellos mas que las cosas que alcanza la razon, estas divinas alegorías nos revelan una de las verdades mas tristes, y es que son necesarios sacrificios aquí abajo, que son necesarias espiaciones, y espiacio-

nes á cada nuevo sol, á cada hora, por tantos crímenes como manchan la tierra, y lo que aun es mas doloroso pensar, que no es el animal inmundo, sino el Cordero puro y sin mancha quien debe verter su sangre sobre el altar.

Los padres y los hermanos latinos comulgaron juntos, los primeros con el sobrepelliz y la estola sacerdotal, y los segundos con su simple ropa oscura y su cordón blanco. Algunos católicos árabes, y como veinte mugeres participaron tambien de la Eucaristía, el resto de los católicos de Jerusalem comulgó en la mañana al amanecer en la capilla del convento de San Salvador. Estos pobres árabes se acercaron á la santa mesa con un recogimiento piadoso y una compuncion verdaderamente patética.

Despues de la misa se hizo una procesion en la iglesia del Santo Sepulcro con mucha pompa y magestad: los religiosos iban de dos en dos, teniendo una vela en la mano, seis hermanos, revestidos con capas de seda encarnada, llevaban un palio brillante: un sacerdote caminaba tras del celebrante llevando una especie de sombrilla de seda bordada de oro destinada á sustituir al palio en los pasos demasiado estrechos. Algunos instantes ántes de la procesion me hicieron el honor de pensar en mí para llevar la sombrilla sagrada: todos estos buenos religiosos se alegraban anticipadamente de ver marchar con ellos un viagero frances; pero el maestro de ceremonias declaró que era indispensable que me vistiese yo con una alba; como quise conservar mi tra-

ge, la sombrilla fué llevada por un sacerdote. Es de saber, que el honor que se me propuso, se reserva de ordinario á los cónsules que se encuentran de paso en Jerusalem.

La procesion dió dos veces vuelta al Santo Sepulcro repitiendo el himno santo consagrado al misterio de la Eucaristía: despues se dirigió al lado de la *pedra de la Uncion*, y del Calvario volvió al Santo Sepulcro pasando por la capilla de la Magdalena. Despues de un cuarto de hora de adoracion, el celebrante entró al Sepulcro para poner en él el caliz que encerraba las Especies sacramentales. Luego se desnudaron los altares que pertenecian á los latinos, y algunos religiosos vinieron á salmodiar las vísperas á la puerta del Sepulcro: en los versículos que oí noté estas palabras: „Si temeis á Dios, si caminaís por sus senderos, gozareis de los frutos de vuestros trabajos y sereis felices: vuestra muger será en vuestra casa como una viña fecunda, y vuestros hijos como vástagos de olivos, en torno de vuestra mesa. ¡Qué largo es mi destierro! murmuraba el cenobita de duelo; he morado con los habitantes de Cedar; mi alma ha sido largo tiempo como una estrangera.”

Cuando esta ceremonia se hubo terminado, los musulmanes encargados de la policia y los genizaros del convento de San Salvador, gritaron y dieron golpes por mas de una hora para hacer evacuar la iglesia: fué despedido el mayor número; pero muchos cristianos griegos y armenios y algunos turcos escaparon á la vista

de los guardas, escondiéndose tras de los pilares y los altares, ó en las capillitas oscuras. Al medio dia se cerró la puerta de la iglesia y no se abrirá hasta mañana en la tarde: héme aquí pues encerrado con los religiosos y doscientos ó trescientos católicos hombres, mugeres y niños mezclados en el santuario.

A las dos de la tarde comenzó la ceremonia del lavatorio. El padre vicario revestido de alba, acompañado de un diácono y un subdiácono, fué á la puerta del Sepulcro. Un hermano llevaba una bandeja de plata llena de servilletas de lino elegantemente bordadas. Otra bandeja de plata estaba destinada á recibir cada servilleta juego que hubiese servido para enjugar los piés. El agua para la ceremonia se hallaba en una gran bandeja de plata redonda, sellada con las armas de Portugal: las otras dos bandejas de plata llevan las armas de España. Doce religiosos fueron llamados para el lavatorio: el maestro de ceremonias pronunció ante el celebrante el nombre de los doce hermanos, añadiendo algunas palabras de invitacion. El celebrante, de rodillas y en la actitud mas humilde, como en otro tiempo Jesucristo sobre el monte Sion, se puso á lavar y enjugar los piés de los doce discípulos. Luego que enjugaba el pié de un apóstol, hacia sobre él con el dedo pulgar la señal de la cruz, y le besaba respetuosamente: el hermano recibia despues un Crucifijo. Vi á un religioso derramar lágrimas, miéntras que el padre vicario le lavaba los piés: parecia decirle, como en otro

tiempo San Pedro á su Maestro: *¿Qué, Señor! ¿tú me lavarás los piés?*

Entré en el Santo Sepulcro para ver como estaban colocados los restos Eucarísticos. Las Santas Especies, como he dicho arriba, estaban encerradas en un cáliz de oro cubierto con un velo: este cáliz está en el fondo de un tabernáculo portátil de plata de dos tercias de alto y media vara de ancho puesto sobre el mármol del sepulcro. España es quien dió este tabernáculo de plata. El interior del sepulcro estaba iluminado con cien antorchas: arriba del mármol del sepulcro noté un altarcito de plata adornado de piedras, que tambien es un presente de la nacion española. Los religiosos van de dos en dos por horas al Santo Sepulcro á adorar la Eucaristía.

Alguna vez me detuve ante la humilde capilla copta contigua al Santo Sepulcro: en este sepulcro oscuro al lado de un altarcito sin ornamento, está sentado un diácono cophto de tez morena: está revestido con alba, con estola y dalmática, y bonete muy semejante á una mitra episcopal: estrangero á todo lo que pasa en torno de él, permanece solo en su estrecho santuario, con la cabeza tristemente inclinada sobre la piedra desnuda de su altar: todos pasan al lado de la pobre capilla sin cuidarse del que es guardian de ella: el diácono mismo no habla á nadie, inmóvil en su rincón solitario: tan solo tiene cuidado de mantener el fuego en algunos carbones puestos en un vaso de barro, y á cada hora pasea un incensario por la iglesia del

Santo Sepulcro. En 1810, en la época del incendio del templo, la llama que no perdonó el Santo Sepulcro, perdonó la capilla cophita contigua á él: se habria podido creer que el Dios de los cristianos habia hecho brillar por esto su eterna predileccion hácia los humildes y los pobres.

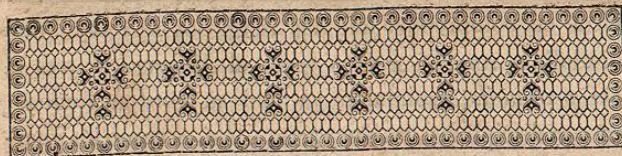
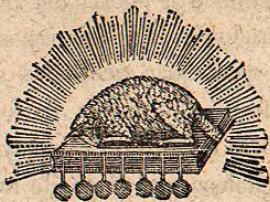
A las tres y media los religiosos, colocados como ayer á la puerta del sepulcro, cantaron el Oficio de tinieblas. Me coloqué en medio de ellos y presté el oído á los poéticos acentos de Jeremías y de David. Me parece que la voz de un cenobita es mas acomodada que ninguna otra voz humana para repetir los salmos y las lamentaciones: estos hombres, con su cabeza rasurada y su barba negra, con sus piés calzados por sandalias y su vestidura de lana oscura ceñida con un cordon blanco que cuelga en muchos nudos, son á mis ojos los hombres del luto y de los pensamientos austeros: hay en su voz, en su fisonomía y su trage una triteza y una gravedad imponente que conviene á la musa de Siloe y del monte Sion. Vosotros los que habeis visto la tierra, los que habeis respirado el aire de Jerusalem, ¿no creis que el canto siguiente debe conmover el corazón, cuando se le escucha tan cerca de la gruta en que lloraba Jeremías, el poeta de los grandes dolores?

„El Señor ha tendido su arco y nada ha perdonado de lo que era hermoso bajo la tienda de la hija de Sion: esta tienda la ha trastornado como se destruye un jardín: ha demolido su tabernáculo y entregado al olvido sus fiestas y sus dias de sábado: los ancianos de la hi-

ja de Sion se han sentado sobre la tierra y han callado, han cubierto su cabeza de cenizas y se han vestido de cilicio, y las vírgenes de Jerusalem han bajado su frente: los que pasaban por el camino han silbado y sacudido su cabeza al aspecto de Jerusalem. *Es esta, decian, ¡aquella ciudad de hermosura tan perfecta, y que era la alegría de toda la tierra!*” Cito solamente algunas palabras de esta tierna lamentacion, que se ha repetido el dia de hoy, y que es á mi parecer la mas hermosa elegía que puede encontrarse en literatura alguna del mundo.

*Jueves Santo á media noche.*--Escribo en este momento á la luz de los cirios del Santo Sepulcro: jamas he tenido en mi vida una hora mas grave y mas solemne que la hora presente. Una noche en la iglesia del Santo Sepulcro debia ser para mí una noche sin sueño: voy de capilla en capilla, de altar en altar: voy del sepulcro al Calvario, del Calvario á la prision de Cristo, de la prision de Cristo á su sepulcro, y el ruido de mis pasos turba solo el silencio de la basilica. Las guardias musulmanas duermen en sus tarimas junto á la puerta del templo; todos los cristianos encerrados en la iglesia reposan en el sueño mas profundo: unos están acostados sobre bancos ó sillas, otros sobre los escalones de los altares, sobre esteras ó alfombras en medio de la nave mayor: la capilla de la Magdalena está llena de mugeres tendidas sobre esteras, envueltas en sus largos velos blancos, ó vestidas con un simple calzoncillo: los niños de pecho

duermen sobre el seno de sus madres: cada uno conserva en su sueño la postura en que se durmió, lo que forma uno de los espectáculos mas extravagantes. Todos los religiosos descansan en su convento del Santo Sepulcro, excepto los dos que están prosternados al pié de la divina Eucaristía en el sepulcro. He aquí la primera vez que me encuentro en la iglesia de la Resurreccion sin oír ruido: en las horas de la noche es cuando únicamente la oracion puede esperar no ser turbada al pié del divino Sepulcro. Paseando mis pasos por el templo, en medio de las tinieblas atravesadas aquí—allí por los débiles y trémulos resplandores de algunas lámparas, solo y abandonado á religiosas meditaciones, á veces me detengo, prestando el oído á voces desconocidas que parecen hablarme; mis rodillas se doblan como si el espíritu de Dios soplase sobre mí, y parado en la sombra entre el Gólgota y el Santo Sepulcro, siento alguna cosa que se asemeja al terror.



## CAPÍTULO V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

### SEMANA SANTA EN JERUSALEN.

VIERNES SANTO.

SABADO SANTO Y DIA DE PASCUA.

**A** las tres de la mañana todos estaban ya despiertos: los hombres tomaban su turbante y su cinturón, las mugeres su velo, ó su feredgé: cada familia, colocada alrededor de un brasero de barro encendido, se calentaba mientras amanecía.

A las cuatro de la mañana se cerraron las dos puertas de la capilla latina de la Virgen. Todas las lámparas todas las antorchas estaban apagadas en la capilla. Oí salmodiar el *Miserere* con voces lamentables: golpes repetidos se mezclaban al canto del salmo penitente: no